

La muerte

Pedro VÍllora

Un pequeño claro en el bosque. Diana entra corriendo. Agitada, se detiene a tomar aliento, mira hacia atrás, se acerca a un matorral y se esconde. Enseguida aparece Rosa. En las manos lleva una cajita. Se queda parada un momento, mira en derredor y finalmente se fija en el lugar donde se ha escondido Diana. Sonríe. Diana y Rosa son niñas de unos doce años.

ROSA: Me has estado siguiendo.

Diana se deja ver.

DIANA: No es cierto.

ROSA: Has esperado a que yo me fuese para salir detrás de mí.

DIANA: Eso es imposible. Cuando tú has llegado yo ya estaba aquí. Eres tú quien ha aparecido después.

ROSA: Durante todo el camino ibas a mi espalda, pero al ver que venía aquí diste un rodeo corriendo para adelantarme. Creías poder engañarme, pero me he dado cuenta de todo.

DIANA: ¿Qué llevas en la mano?

ROSA: ¿Por qué me has seguido?

DIANA: ¿Qué hay dentro de esa caja?

ROSA: ¿No era más fácil preguntarme si podías venir conmigo?

DIANA: Esa caja no es tuya.

ROSA: ¿Acaso no confías en mí?

DIANA: ¿Qué hay dentro de esa caja?

ROSA: ¿Por qué no confías en mí?

DIANA: Porque no.

ROSA: Vete de aquí.

DIANA: No quiero.

ROSA: Este sitio no es tuyo.

DIANA: ¿Desde cuándo te pertenece?

ROSA: ¿Quieres saber de quién es la caja?

DIANA: Ya lo sé.

ROSA: ¿Y lo que hay dentro? ¿También lo sabes?

DIANA: Eres mala, Rosa. Eres muy mala.

ROSA: ¿Y tú no? ¿Te crees mejor que yo? Rosa la mala, Dianita la buena.

DIANA: No me llames Dianita.

ROSA: «No me llames Dianita. ¿Qué llevas en la caja?» Estás tú muy exigente. Eso sin contar que seguir a la gente a escondidas es de muy mala educación.

DIANA: Me voy y les diré a todos lo que estás haciendo.

ROSA: Puedes irte cuando quieras. A mí no me haces ninguna falta...

DIANA: Adiós.

ROSA: ...pero entonces no sabrás lo que hago con la caja ni qué tiene dentro. Nunca más la verás ni sabrás lo que haré con ella.

DIANA: En el fondo te gusta que te haya seguido.

ROSA: Claro. Si no, ¿qué gracia tendría? ¿Con quién lo iba a compartir?

DIANA: ¿Y por qué no me has dicho simplemente que viniese?

ROSA: Porque quiero que todo sea emocionante.

DIANA: Eres muy rara.

ROSA: Tú también.

DIANA: Enséñamelo.

ROSA: ¿Para qué?

DIANA: Tengo el mismo derecho que tú a emocionarme.

ROSA: Mira... Con cuidado.

Rosa sostiene la caja mientras Diana levanta la tapa un poquito y mira en su interior.

DIANA: ¡Está vivo!

ROSA: ¡Claro que está vivo! ¿Qué te pensabas?

DIANA: ¡Está vivo!

ROSA: Está vivo... aún.

DIANA: ¿Vas a matarlo?

ROSA: Se va a morir él solo.

DIANA: Vas a matarlo.

ROSA: ¿Es que tienes que repetir todo dos veces?

DIANA: Suéltalo.

ROSA: Ya es tarde.

DIANA: Déjalo libre.

ROSA: No serviría de nada. No tiene ninguna oportunidad de sobrevivir.

DIANA: ¿Por qué lo haces?

ROSA: Para saber lo que pasa.

DIANA: Ya sabes lo que pasa. Se mueren.

ROSA: Ya sé que se mueren. Quiero saber lo que pasa, cómo se mueren.

DIANA: ¿Quieres saber cómo se mueren?

ROSA: Lo que pasa, lo que sienten... Quiero saber lo que se siente.

DIANA: Así no lo vas a saber.

ROSA: Eso lo dices tú.

DIANA: Lo dicen todos.

ROSA: Yo no. No digo cosas que no sé.

DIANA: ¿Y esto lo quieres saber?

ROSA: Justo. Eso es.

DIANA: ¿Qué vas a hacer cuando lo echen de menos?

ROSA: Lo pensaré más tarde.

DIANA: ¿Dirás una mentira?

ROSA: Posiblemente.

DIANA: No hace falta que lo hagas.

ROSA: ¿Por qué?

DIANA: Porque ya sabes lo que se siente cuando se miente. Lo sabes muy bien. Tienes muchísima experiencia.

ROSA: Cuando mueras estaré ahí, te observaré y tomaré notas. Y si pides agua no te la daré para no intervenir en el proceso, ni te daré la mano, ni te apartaré el pelo de los ojos ni te diré que todo saldrá bien, porque no será así.

DIANA: No me preocupa lo que harías o dejarías de hacer porque te morirás tú primero. La gente mala es la primera en morir; siempre es así.

ROSA: Yo no soy mala.

DIANA: ¿Ves lo bien que se te da mentir?

ROSA: ¡Yo no soy mala!

DIANA: Ahora eres tú la que se repite, ¡dos veces!

ROSA: ¡Yo no soy mala!

DIANA: ¡Tres!

Rosa le tiende la caja.

ROSA: ¿Esto es lo que quieres? ¿Has venido por esto? ¿Eh, eh?

Con rapidez, Rosa tira la caja al suelo, agarra una gran piedra y la arroja contra los restos de la caja.

DIANA: ¿Qué haces? ¡Estás loca!

ROSA: ¡Ah!, ¿estoy loca, estoy loca? ¿Soy mala o estoy loca? ¿Mala o loca? Tienes que decidirte.

Arrodillada ante lo que queda de la caja, Diana llora.

DIANA: ¡Lo has matado! ¡Asesina!

ROSA: Mala. Loca. Asesina. Mala. Loca. Asesina. Mala. Loca. Asesina.

DIANA: Ojalá te lo hiciesen a ti.

ROSA: Ojalá me lo hicieses tú, ¿verdad?

DIANA: Sí. Ojalá te lo hiciese yo.

ROSA: Atrévete. Atrévete, cobarde.

DIANA: ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué lo has matado? ¿Qué daño te hizo?

ROSA: Ninguno.

DIANA: ¿Por qué?

ROSA: No se mata a quien te hace daño; si no, tú me habrías matado ya. Se mata a quien haces daño.

DIANA: ¿Y yo no te hago daño a ti?

ROSA: No, tú no. Tú sólo me das pena.

DIANA: Como tú a mí.

ROSA: ¿A ti? ¿Pena yo a ti?

DIANA: Has perdido los nervios. Lo has matado de golpe y ya no sabrás lo que se siente al morir. Perdido, eso es; has perdido.

ROSA: Cogeré otro. Hay más.

DIANA: La caja está rota.

ROSA: Es sólo una caja. También hay muchas más.

DIANA: No volveré a seguirte.

ROSA: Encontraré otros testigos.

DIANA: Te mataré. Algún día te mataré. Lo juro.

ROSA: Lo intentarás. Dejémoslo ahí.

DIANA: Aprenderé a seguirte sin que te enteres. Lo hago mejor cada vez. Esperaré a que estés aquí, sentada, jugando con la hierba o metiendo el dedo en un hormiguero. Entonces apareceré a tu espalda con un cuchillo y te cortaré el cuello.

ROSA: Lo encharcarías todo con mi sangre y las hormigas se ahogarían.

DIANA: Correré el riesgo.

ROSA: Serán muchas muertes sobre tu conciencia.

DIANA: No tengo conciencia.

ROSA: Yo sí. Y me cansa que te tomes el ser buena como un juego. Pero eres mala, Diana. Eres peor que yo.

DIANA: Por mucho que lo digas, nadie te creerá.

ROSA: Pero tú sabes que yo lo sé, y eso me basta.

DIANA: Vámonos, ya no tenemos nada que hacer aquí.

Rosa señala los pedazos.

ROSA: No podemos dejar esto aquí.

DIANA: Sí que podemos. Tú te has encargado de que no se pueda arreglar. Vámonos.

ROSA: No, yo me quedo a recoger. Vete tú sola.

DIANA: Como quieras. Me da igual.

Diana se va. Rosa se agacha, hace un hoyo en la tierra con las manos y entierra los trozos de la caja y su contenido.

PEDRO VÍLLORA: *La muerte*

ROSA: Pobre, pobrecito... Perdóname.

De pronto, una voz surge de la tierra.

LA COSA DE LA CAJA: ¿Lo que se siente? ¿De verdad quieres saber lo que se siente?

Roma, 3 de mayo de 2011